

« Grande es la atencion que ponen los reverendos Padres en la enseñanza de la lengua y en el estudio de la literatura francesa: no dejan en todas las clases de ejercitar á los alumnos en la ortografía, el análisis lógico y gramatical, y las diferentes clases de composición francesa; sin limitar su enseñanza á los estrictos preceptos de la gramática y la retórica. Desde la tercera clase enseñan ya á los alumnos las reglas del estilo epistolar, el cual les hacen cultivar por medio de frecuentes ejercicios: reciben en la segunda nociones completas de literatura, y les hacen repasar todas sus diferentes clases así en prosa como en verso. Estudian en la retórica con extension los preceptos del arte oratorio, y en particular la elocuencia del púlpito, del foro y la tribuna. Para los talentos des- cuidados se adoptan tambien algunas medidas cuyos resultados pueden ser preciosos para el porvenir de los jóvenes, tales son la lectura en alta voz y la declamacion, que son en cada clase objeto de estudios especiales. Los principios, bajo los cuales se enseña la historia, están indicados por las mismas obras continuadas en el programa.

« El curso de la filosofia de la historia, dice el prospecto, al presentar los acontecimientos históricos en su enlace moral y providencial, da un conocimiento profundo segun los verdaderos principios.

« En cuanto á la eleccion de los autores, se compone esta en gran parte de autores franceses, latinos y griegos, seguidos en nuestros colegios, sobre todo para el bachillerato. Otros autores hay, tales como Juvenal, Persio, Tibulo, Cátulo, etc., que á pesar de no ser adoptados en nuestros establecimientos, son explicados en las clases superiores. »

Segun opinion, pues, de los mismos universitarios de Francia, la Compañía de Jesús en sus colegios de Suiza y de Bélgica marcha á lo menos á la par con ellos sobre la instruccion; otro universitario nos demuestra tambien en 12 de noviembre de 1845, que la enseñanza dada en las Dos Sicilias por los Jesuitas no cede en mejoras ni en brillantes resultados á la que se impone y vende á los súbditos del reino Cristianísimo. Se ha proclamado de mil distintos modos que la Italia moderna era un país en el que solo se conocia el goce y la ignorancia: tambien Nápoles se ha llevado una gran parte en estas invectivas cosmopolitas. Sin conocer siquiera las costumbres del país, los folletinistas y novelistas insultaron á entrambos

países por el mero hecho de que no habian adoptado sus leyes, sus usos y sus preocupaciones; maldijeron unos al sol que vertia sus mas benignos rayos sobre ese pueblo de príncipes y lazzaroni; al paso que otros deploraron el embrutecimiento intelectual de los habitantes de la antigua Parténope que se negaban á sacudir el yugo de los Borbones y de los sacerdotes. Se compadeció y calumnió á los napolitanos por mostrarse poco dispuestos á confiar su felicidad en los vaivenes de las revoluciones y de la impiedad que tan amargos frutos les habian producido. Se hallaban demasiado próximos al Vesubio para dejar fermentar en el corazon de sus ciudades otros volcanes constitucionales, mucho mas peligrosos aun que el Mongibello. Por esto la Europa liberal les dotó de una pereza voluptuosa, por haber mirado á los napolitanos al través de la atmósfera de sus prevenciones ó de sus errores, que no quisieron ellos compartir.

Encargado Mr. Petit de Baroucourt por el Ministro de Instruccion pública, á fines de 1845, de visitar los diferentes establecimientos de educacion que habia en el reino de las Dos Sicilias, dirigió su relacion al gran Canciller de Francia. Al verse obligado á comparar el francés los resultados obtenidos por los universitarios napolitanos y por los Jesuitas, se expresa de este modo: « Depende la Universidad del ministerio del Interior, sin que ejerza casi ninguna influencia en el nombramiento de sus miembros; solo confiere los grados en las diversas facultades, y ejerce jurisdiccion sobre los colegios y las escuelas privadas. Hállanse á su frente un presidente de Instruccion pública, un Consejo general (*Giunta di publica istruzione*), un secretario general de la Universidad, y algunos inspectores generales y particulares. Los cursos públicos de las facultades duran siete meses; los de la facultad de letras no tienen mas que un curso de literatura griega, y otro de literatura italiana; y lo que es un vacío muy significativo es el no haber cátedra de historia.

« Los colegios de la Universidad son en número de diez y siete: llevan cuatro de ellos el nombre de liceos, por enseñarse allí filosofia y los elementos de las ciencias físicas y matemáticas; los demás, destinados exclusivamente al estudio del latin y del griego, conservan los discípulos hasta que deban estudiar retórica; tambien el estudio del griego puede decirse que es facultativo, por no exigirse en los exámenes mas que á los destinados á ciertas profesiones especiales, tales como la medicina. El estudio y la literatura italiana, la lengua francesa, y cuatro nociones de geo-

«grafía y de historia sagrada, completan las precedentes indicaciones.

«La administracion interior de los colegios está confiada á algunos eclesiásticos cuyo jefe lleva el nombre de Rector; únicamente los profesores son ó pueden ser laicos. Si tomamos por modelo el liceo *del Salvatore* que se halla en la capital, muy triste será por cierto la idea que nos formaremos de los colegios de la Universidad de Nápoles.

«Parece no tener este liceo una existencia propia; no tiene ningún edificio que le esté especialmente anejo, los discípulos pensionistas deben vivir en el tercer piso y sobre las salas mismas de la Universidad, sirviéndoles de dormitorios las salas de estudios, de modo que el extremo de las mesas tocaba al pié de sus camas. Se tienen las clases en el primer piso en salas contiguas á las oficinas de la Universidad y que dan salida á un patio interior. El colegio de los Jesuitas contiene vastos jardines, una alta iglesia que hace esquina á cuatro diferentes calles y cuyo principal frontispicio es uno de los mas magníficos de Nápoles despues del del palacio Real. «Si se atiende al número de los discípulos, no es menos notable la diferencia que media: el uno de los dos colegios está en la mayor prosperidad, mientras que el otro está en la mas completa decadencia, como lo demuestra la mezquina pension que en él se exige de seis ducados por mes.»

El paralelo establecido entre la Universidad siciliana y la Sociedad de Jesús continúa y se extiende hasta el cuerpo enseñante de Francia. El plan seguido por los hijos de san Ignacio es el mismo que siguen todos los colegios del Instituto; solamente que en Nápoles debe obrar sobre naturalezas á las cuales la belleza del clima hace mas afeminadas y menos propias para las ciencias. Luego Pelit de Baroncourt añade:

«Veamos ahora los establecimientos que no están bajo la dependencia del Estado.

«Tales son, en primer lugar, los dos colegios dirigidos en Nápoles por los Padres Barnabitas y el que pertenece á los religiosos de las Escuelas pias (Scolapii); los mas dignos que hay, empero, de fijar la atencion son los establecimientos dirigidos por los Padres de la Compañía de Jesús. Poseen estos cuatro colegios en el reino de Nápoles, á saber: en Nápoles, Lecce, Aquila y Salerno; teniendo además quince colegios en Sicilia: el colegio de Palermo so-

«bre todo es un establecimiento magnífico, cuyas riquezas son considerables, teniendo además una biblioteca que es la admiracion de los extranjeros.

«Contiene la casa de Nápoles ¹ cerca de ochenta alumnos pensionistas; se le da el nombre de *Colegio de Nobles*, por no admitirse en él mas que á los hijos de las mas ilustres familias. Recibe además en las clases mil doscientos externos á lo menos, los cuales siguen el curso gratuitamente; segun uno de los Padres, sábio profesor del establecimiento, debieron este año los Jesuitas negarse á recibir mas de quinientos jóvenes por no permitirlo las dimensiones del establecimiento. Esto sucedia, mientras que á muy corta distancia el liceo universitario *del Salvatore* no tenia ni siquiera cincuenta externos.

«Los cursos están divididos en clases elementales y superiores, extendiéndose las primeras hasta la retórica inclusive; comprenden tres, cuatro ó mas años para las clases llamadas de gramática, que abrazan el estudio de los principios del latín, del griego y del italiano; un año para la clase llamada de humanidades que corresponde á la segunda de los Colegios de Francia, y otro año para la retórica, formando un total de cinco, seis ó mas años. Las

¹ El colegio de Nápoles, del que se trata en el informe universitario, lleva el nombre de *il Convitto dei Nobili*, el cual fue abierto en 3 de diciembre de 1823. Es un antiguo convento de Basiliós que el rey Francisco I concedió á los Jesuitas con Real orden de 15 de setiembre de 1826. Despues de haber restaurado el establecimiento la munificencia Real, quiso el Monarca que fuese la casa dignamente adecuada al uso á que se la destinaba. Tambien el rey Fernando II la ha tomado bajo su proteccion, y no cesa de alentar á los Padres en la mision que se imponen; á fin de demostrarles la benevolencia especial con que mira las letras, las ciencias y los buenos estudios, concede el Rey privilegios á los discípulos que mas se distinguen por su aplicacion y piedad. Ha venido á ser este establecimiento un modelo de regularidad, de perfeccionamiento y de progresos literarios y científicos, bajo la direccion del P. Latini. Contaba en aquella época entre sus alumnos á los hijos de las primeras familias del reino y á los de los tres ministros de la Corona, que eran el caballero de Santangelo, el príncipe de Trabia y el príncipe de Comitini.

Por mas perfecto que sea este colegio que acabamos de visitar, no aventaja, sin embargo, en ciencia ni en sábia administracion, á un gran número de otros colegios que posee la Sociedad de Jesús en Roma, en el Piamonte, en Inglaterra, en Alemania y en Bélgica. La diferencia podrá consistir únicamente en la belleza del local, pero de ningún modo en la instruccion, por hallarse en todas partes igualmente desarrollada, á causa de observarse en todos los colegios referidos el mismo principio, y ser difundida por los mismos profesores.

«clases superiores comprenden dos años, durante los cuales estudian los discípulos la filosofía, los principios del derecho natural y del derecho civil, física, química y matemáticas elementales. Se exige además otro año para las clases superiores, durante el cual se estudia el hebreo, elocuencia y letras sagradas, derecho canónico, teología y matemáticas superiores; pero casi siempre se considera terminado el curso de los estudios después del segundo año, sobre todo para los discípulos que deben entrar en las carreras civiles. Este plan de estudios, comparado con el de las clases de la Universidad de Francia, contiene, como se ve, diferencias notables: el estudio de las lenguas antiguas se halla comprendido entre un espacio de cinco, ó á lo mas de seis años, en lugar del de siete y hasta ocho años empleados con el mismo objeto en nuestros colegios; luego después de la filosofía, el estudio elemental de las ciencias se comprende en dos años completos, en lugar de ser intercalado en los cursos de letras antiguas, después de la cuarta clase.

«En cuanto á los estudios, pueden los alumnos de las clases de humanidades compararse con los de los Colegios de Francia respecto al latín, pero no sucederá otro tanto respecto á la lengua griega. La única lengua moderna que se ha enseñado en aquel Colegio es la francesa, por ser la *Francia*, según la poética expresión de un reverendo Padre del colegio de Salerno, *la segunda patria de todos los hombres*. Agrégase á la retórica un curso de arqueología y de arquitectura griega y romana. Los cursos científicos, comparados con los de Francia, son de una superioridad incontestable.»

La causa de la encarnizada guerra que las Universidades de todos los países han declarado á la Compañía de Jesús está de manifiesto en las precedentes confesiones. Mucho tiempo antes de correrse el velo, sabían ya las Universidades, tan bien como las familias cristianas, lo que eran en sí las casas de educación dirigidas por los hijos de Loyola: sabían que eran temibles rivales, y por esto se coligaban todas para sofocarlas. No podían acusar á los maestros de incapacidad, ni arrojar el apodo de ignorantes sobre los discípulos, por estar probado que en todos los puntos de Europa se colocaban los colegios de los Jesuitas, sin procurarlo ni manifestarlo, al frente del movimiento intelectual y científico: prescindíose en su virtud de las antiguas imputaciones de oscurantismo, para echar mano de otras nuevas que debían producir mas efecto.

El fraccionamiento de los partidos, las enemistades fomentadas por la política, las utopías de unos, los crímenes de otros, las manifiestas violaciones de la ley hechas por todos y cada uno á su vez, según decían, por la necesidad, habían introducido en los países constitucionales un espíritu tal de exclusion, que no podía menos de acabar tarde ó temprano con la Universidad de aquellos Estados. Empezaron los partidos por atacarse con las armas en la mano, y acabaron por calumniarse: de todos los campos á la vez se levantó la mas triste de las imprecaciones: cada cual acusaba á su enemigo político de desafecto al país que le había visto nacer. Nadie quiso comprender que después de tantos trastornos políticos la diferencia de bandera ó ideas no importaba de un modo irrevocable, ó mejor, no debía ser considerada como una traición á la patria. Convenía, no obstante, á algunos dominar y engañar á las masas atribuyéndose el monopolio de la abnegación cívica, presentándose como tipo de esta virtud que iban tan hábilmente á explotar. Sus adversarios de ayer, sus enemigos de hoy, y sus antagonistas de mañana no fueron ya mas que ciudadanos culpables cuyos nombres y perfidias debía el país aborrecer y temer juntamente: tal era el modo con que procedió la Revolución francesa. Mr. Thiers, que se ha constituido sucesor directo de sus doctrinas y defensor de sus crímenes, no podía menos de seguir el mismo ejemplo.

Todos los franceses que no hincaban su rodilla ante la probidad de ese Fabricio administrativo, fueron sospechosos á sus ojos, y les acusó de desafectos á la patria. Muchos hubo entre estos que para evitar que sus hijos fueran educados en la Universidad, se privaron de sus caricias enviándoles á Friburgo, Mélan, Brugelette ó Chambery, á estudiar bajo la dirección de los Jesuitas. Mr. Thiers se aprovechó de esta circunstancia para probar que los discípulos del Instituto eran los Pitt y Coburgo de la Francia liberal; puesto que en la lata educación que daban descubrió el histórico orador un complot formado contra el país. El informe de Mr. Thiers sobre el proyecto de ley de instrucción secundaria era una acusación formulada en estos términos, pues dijo: «Que en otro tiempo en Saint-Acheul, y entonces en los establecimientos á aquel parecidos, se halló y hallaba todavía el espíritu contrario á las leyes del reino; que las máximas morales de los profesores y sus doctrinas sobre

¹ Informe de Mr. Thiers, primera cuestión, pág. 29; segunda cuestión, pág. 35 y 50.

«el poder espiritual y temporal, ponian en peligro la moralidad y «los sentimientos patrios de la juventud; y que era necesario saber «cuáles eran los jóvenes procedentes de aquellas escuelas colocadas «en nuestras fronteras, en las cuales se inspira el odio á nuestras «instituciones y un muy débil amor por la Francia.»

Renovaba Mr. Thiers en 29 de enero de 1846 sus ataques en la cámara de los Diputados: «Hay, proclamaba, en Brugelette y Friburgo establecimientos perjudiciales y peligrosos para todo ciudadano que deba vivir bajo las leyes de la Francia. Que los suizos y «los belgas envíen sus hijos á Brugelette ó Friburgo, donde se enseña á despreciar nuestras leyes y nuestro Gobierno, no me admira en lo más mínimo; solo extraño que se envíen allí los hijos de «nuestro país, cuando he manifestado que no pueden infundirles «el amor á la Francia, ni, por lo mismo, hacerles buenos franceses.»

De este modo se constituía Mr. Thiers juez supremo de la moralidad de los demás, emplazando en el tribunal de su patriotismo á los jóvenes educados por los Jesuitas, sin que en medio de aquella irrisión parlamentaria se preguntara á sí mismo si encontraría muchos padres de familia que consintieran en confiarle el porvenir de la juventud; y sin pensar que había millares de sus conciudadanos que le consideraban como uno de los genios más maléficos que hayan pesado jamás sobre la patria. Ese hombre que tanto ha calumniado, y al que se vió derramar un día abundantes lágrimas en la tribuna para borrar con ellas las punzantes inculpaciones que le dirigía Mr. Desmousseaux de Givré, diputado ministerial¹; ese hombre, repetimos, fulminaba un inmerecido cargo contra la Sociedad de Jesús; acusaba á los jóvenes que esta formaba, de tener sentimientos anti franceses, cuando al día siguiente debía quedar desvanecida su calumnia. Aquellos jóvenes se convirtieron en hombres que desempeñaron algunos en el Estado las más altas funciones, entregándose indistintamente los demás al comercio, á la agricultura, á las letras y á la industria en que lograron brillar: más de seiscientos de entre ellos protestaron enérgicamente contra las imputaciones de Mr. Thiers, á quien dieron un solemne mentís: hé aquí en qué términos estaba concebida su protesta: «Nos educaron nuestros maestros haciéndonos beber en puros manantiales las más sanas doctri-

¹ Sesión de la cámara de Diputados del 5 de diciembre de 1840. (*Monitor* del 6).

«nas, y con ellas la historia, la filosofía, literatura, ciencias é idiomas.»

«Véanse cuáles eran las ideas que se nos inculcaban: «Que solo á Dios y á la Religión establecida por él pertenecía «iluminar la razón á fin de que fuese esta el regulador de nuestra «conciencia;

«Que todos los hombres son iguales delante de Dios, y que deben serlo por lo mismo ante la ley, que es su verdadera imagen;

«Que son los poderes públicos para los pueblos, y no los pueblos «para los poderes públicos;

«Que toda nobleza, dignidad, empleo y todos los sacrificios, incluso el de la fortuna y el de la vida, deben hacerse por todo «buen ciudadano en bien de la patria;

«Que las traiciones y tiranías son otros tantos crímenes contra «Dios, y atentados contra la sociedad.»

Luego añadian los discípulos de los Jesuitas con tanto entusiasmo como prevision:

«Es preciso saber que esas calumnias que parecen ser solo dirigidas contra nosotros, es la intención de sus autores atacar con «ellas toda educación verdaderamente católica.»

«Tal es nuestra convicción, la cual no lograrán destruir todas las «protestas ni clamores; todo hombre grave y sincero es de nuestro «parecer; así es que al protestar como antiguos discípulos de los Jesuitas, somos realmente los representantes de todos los hombres «formados en la escuela de la fe, los defensores de la educación creyente que se ha logrado en gran parte arrancarnos de Francia. Así «es que hemos querido hacer comprender á esa querida Francia, que «hay todavía en su suelo hombres pundonorosos que no hincan su rodilla ante los falsos ídolos de la Revolución, ni sellan sus labios ante las imposturas y ardides de la impiedad y la malicia;

«Que la calumnia cobarde y fácil no podrá nunca á su vista prevalecer contra la verdad.»

«Hemos querido que supiese esa misma Francia que esta educación tan calumniada era profunda y únicamente católica, y que «habiéndonos enseñado á unir la fe católica á la fe patria, debemos ser mejores ciudadanos y más acérrimos amantes de nuestras «verdaderas libertades.»

«El autor del informe había levantado un acta de acusación, y «preparado una lista de hombres sospechosos, dejando por ahora

«sus nombres en blanco: hé aquí que nosotros nos presentamos á llenar aquel vacío inscribiendo en él nuestros nombres.

«Muchos otros á quienes consideraciones respetables impiden unirse á nosotros en esta manifestacion pública, pero cuyas adhesiones sinceras obran en nuestro poder, participan de todas nuestras convicciones, y por lo tanto confirmarán ó sostendrán nuestra palabra ante todos aquellos que quieran interrogar sus conciencias.

«Por nuestra parte tranquilos aguardamos ahora el fallo del país, al cual le toca decir si es justo, prudente y patriótico el insultar tan cobardemente á unos jóvenes alimentados con estas doctrinas, y á quienes la cámara, el consejo, el sacerdocio, el ejército, el foro, la prensa, todas las profesiones liberales, la agricultura, la industria y el comercio, ven cada día ofrecerles su sangre, sus vigili-
gias y sus trabajos para la gloria y prosperidad de la Francia.»

Mudo permaneció Mr. Thiers ante aquella enérgica protesta, por tener tras él un pasado de dos siglos y medio, que como la nueva generacion podia decirle si tenian los Jesuitas una escuela de cobardía, de traicion y de desprecio por las leyes y los juramentos. Debemos convenir en que no fue Mr. Thiers el primero que echó mano de esta impostura, puesto que antes que él Carlos Botta habia llevado mucho mas léjos la incriminacion en su *Historia de Italia*, de lo que lo hacia entonces el historiador de la Revolucion. Segun Botta, cuyas palabras Vicente Gioberti, sacerdote piemontés, reprodujo en su introduccion del *Primato morale e civile degli Italiani*, no eran los Jesuitas solamente criminales por sofocar en el corazon de la juventud todo amor á la patria, sino que aun mas les acusaban Botta y Gioberti de absorber en provecho de la Compañía la respetuosa ternura que deben los hijos á sus padres.

«El imperio de la voluntad que los Jesuitas usurpaban, segun se expresa Botta¹, podia causar inminentes peligros, por ser su intencion arrancar del corazon de los jóvenes el amor debido á la familia. Obraban los Jesuitas de este modo á fin de que les fuesen sus discípulos mas adictos á ellos y á la Compañía. Exclamaban los hijos de la antigua Roma: «¡Patria! ¡patria!» y predispuestos á todo sacrificio, anteponian la patria á su familia. Los discípulos de los Jesuitas dicen por el contrario: «¡Jesuitas! ¡Jesuitas!» y en cualquier apuro prefieren sus maestros á sus padres. Entre esas gene-

¹ *Storia d'Italia, continuazione da quella del Guiccardini, XCVIII.*

«raciones, se tiende por unas al honor y á la libertad, al paso que «solo aspiran otras á la esclavitud y á la abyeccion.»

Botta y su entusiasta comentador¹ Gioberti pueden, valiéndose de algunas frases declamatorias, atacar la Orden de Jesús; pero al leer sus páginas, cualquiera comprenderá, como nosotros, que se ha prescindido en ellas de lo mas esencial: esto es, cuál es la causa que ha obligado á los padres de familia, educados por los Jesuitas en estos principios nefastos, á consentir en privarse del amor de sus hijos. Aun suponiendo que fuese posible semejante

¹ Dedicó Vicente Gioberti á Silvio Pellico en 1843 su *Primato morale e civile*, queriendo de este modo el sacerdote refugiado en Bruselas poner bajo la proteccion de un gran genio y de una alta probidad su obra contra la Sociedad de Jesús. Rechazó Silvio Pellico aquella dedicatoria, publicando en 16 de julio de 1843 la siguiente declaracion:

«Aunque amigo de Vicente Gioberti, escribia el autor de *Mie prigione* (Mis prisiones) desde Turin en 28 de junio de 1843, amo profundamente á mi hermano Francisco Pellico, de la Compañía de Jesús; y como he leído en la introduccion de la obra de que se trata una manifestacion violenta contra los Jesuitas, he creído de mi deber rechazarla para probar así el amor que tengo á mi hermano, y desvanecer las sospechas que podria infundir mi silencio si no despreciaba las prevenciones que tiene Gioberti contra la Compañía, á la cual pertenece mi hermano. Como no soy elocuente, y no tengo por lo mismo fe en el efecto de las apologías, me limito á declarar lo que sigue:

«No participo de las opiniones de Gioberti respecto de los Jesuitas: ha creído este presentarlos bajo su verdadero punto de vista, cuando tan solo ha logrado hacer de ellos un cuadro odioso. En vano repite que debe hacer honrosas excepciones; puesto que es tal la reprobacion y maldad que hace pesar sobre la Compañía entera, que aun los individuos que en su concepto deberian exceptuarse, no serian menos culpables por haberse afiliado en una Sociedad tan malévola.

«Sobre este punto declaro que teniendo un conocimiento íntimo de mi hermano y de un gran número de sus colegas, puedo asegurar que no son espíritus débiles, obcecados por la ilusion, sino hombres fuertes y dotados de discernimiento y virtud.

«Como amo á los Jesuitas, así como á todos los demás religiosos y al Clero en general, se ha dirigido contra mí por algunos una acusacion, que ha llegado hoy dia á hacerse vulgar, esto es, que soy de lo que ellos llaman un afiliado del jesuitismo, un instrumento de esa pretendida secta artificiosa. Pero yo digo que soy solamente un hombre de estudio y reflexion; que he leído y examinado; que no tengo la debilidad de hacerme esclavo de exaltadas pasiones, y que me río de las cartas anónimas y otras bajezas por el estilo con que han pretendido algunos enseñarme á discurrir. Pienso y me comporto segun mi conciencia, y no reconozco otra ley que la que me impone no aborrecer á nadie y ser católico, apostólico y romano. — SILVIO PELLICO.»